



Revista de creación literaria y artística / Segunda época / Número 10 / 2017



ier

DIRECTOR

Ignacio Gil-Díez Usandizaga

CONSEJO EDITORIAL

Alberto Gil-Albert Gómez

Ignacio Gil-Díez Usandizaga

Aurora Martínez Ezquerro

ILUSTRAR ESTE NÚMERO

Marta Beceiro

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Instituto de Estudios Riojanos

C/ Portales, 2

26071 Logroño

E-mail: *publicaciones.ier@larioja.org*

Web: *www.larioja.org/ier*

CODAL

Revista de creación literaria y artística / Segunda época / Número 10 / 2017



Gobierno de La Rioja
www.larioja.org

 Instituto
de Estudios
Riojanos

Codal : revista de creación literaria y artística. – 2ª época. – Nº 10 (2017). -- Logroño:

Instituto de Estudios Riojanos, 2017

v. ; il. : 24 cm.

Anual

D.L. LR 418-2008. – ISSN 0530-0169

821.134

7

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de esta publicación pueden reproducirse, registrarse o transmitirse, por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electroóptico, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

© Instituto de Estudios Riojanos, 2017

C/ Portales, 2

26001 Logroño

www.larioja.org/ier

© Diseño de cubierta e interior: Demetrio Navaridas

Producción Gráfica: Reproestudio, S.A. (Logroño)

ISSN: 0530-0169

Depósito Legal: LR-418-2008

Impreso en España - Printed in Spain



ÍNDICE

■ Editorial	7		
■ <i>Conrado Santamaría</i>	11		VERSOS
■ <i>David A. Pérez</i>	35		ENCUADRES
■ Cuarto azul <i>Raquel Abend van Dalen</i>	53		HISTORIAS
■ Entrevista mutua <i>Félix J. Reyes / Rosa Castellot</i>	63		PALABRAS CON
■ Teatro para neófitos <i>Pedro P. Riobó</i>	97		BAMBALINAS
■ Escribir en arte <i>Ignacio Gil-Díez Usandizaga</i>	125		DE ARTE
■ Vuelo de reconocimiento <i>Enrique Cabezón</i>	139		OTRAS LETRAS
■ La actividad expositiva en la Escuela Superior de Diseño de La Rioja <i>Mónica Yoldi López</i>	155		CITA CON EL ARTE
■ Biografías	177		



HISTORIAS





CUARTO AZUL

RAQUEL ABEND VAN DALEN

Todavía recuerdo el día en que me enteré de la existencia de la cutícula. Ya viviendo en Nueva York, entré en una peluquería llevada por una familia china, conformada por doce primas que sentadas una al lado de la otra pasaban todo el día pintando uñas, o al menos eso era lo que parecía, pues bastó que me sentara frente a una de ellas para vivir el proceso que conllevaba “hacerse una manicura”. Cada una de mis uñas estaba rodeada por un pellejo transparente y suave que delicadamente era removido por Ying. Masajeaba mis manos con cremas y aceites, cortaba mis uñas, removía excesos que entorpecían su embellecimiento, y por último las pintaba al estilo francés. Había algo en el acto de remover la cutícula que me ponía muy feliz: era un nuevo nivel de limpieza al que no estaba acostumbrada.

Ahora muerdo con los dientes ese mismo pellejo que no deja de crecer con los años. Lo arranco con movimientos violentos, mientras espero sentada a que sean las tres y media de la tarde. El café está helado, la espuma flota sin energía, exasperada. Mis uñas cortas tienen manchitas blancas que brotan cada vez que pecho. De niña me decían que aparecen cuando uno miente, y yo soy experta mintiendo, siempre lo he sido. Hundo el dedo meñique en la taza y lo bailo en pequeños círculos, demostrándome a mí misma que perdí interés en lo que resta de bebida. Dos mesoneras conversan, recostadas de los codos en la caja registradora, demasiado seguras de que no hay más nada que hacer. Saben que nadie entrará en ese restaurante de mala muerte por los siguientes minutos; también saben que no les pediré sino la cuenta cuando acaben las razones mediocres que me tienen atada a la silla. Ellas conocen a los clientes, saben de ellos y leen sus gustos y manías. El reloj cuelga sobre tazas y platos apilados, unos



sobre otros, sin intenciones de caerse. Una línea dorada lo bordea y define su circularidad, mientras que los números están desconchados: el ocho parece un cero desproporcionado, el siete podría ser el uno y el resto ni vale la pena describirlo. Una mosca va, choca contra la ventana, vuelve ya decepcionada a mi mesa y se posa en la punta de un cuchillo sin utilizar. Se aprende a vivir con los animales perdidos a nuestro alrededor.

Mientras más tiempo pasábamos juntos, más vívidas se hacían las muertes de todos ellos, de mis padres y los otros. Henri me hacía el amor y yo vivía de nuevo el amor de mi padre y de mi madre y de mi hermano. Los recordaba después de tanto tiempo. Solo en su presencia los podía sentir tan cercanos. Henri me daba de comer. A veces me desmayaba después de que hiciéramos el amor, entonces él me besaba, me daba aire y chocolate. No había otro plan que el de vivirnos como lo único que existía en el instante en que nos encontrábamos. Tan escondidos, todavía huyendo. Siempre huyendo. Solos. También limábamos nuestras propias muertes, todo lo que por dentro ya era de piedra. Todo lo lamíamos y tragábamos sin masticar, como a la propia hostia salada y sagrada que sin diente puede dejar de existir.

El ruido de la puerta hace que levante la mirada: un hombre robusto y rubio entra junto a una mujer morena de cabello negro por la cintura. La lleva de la mano como un trofeo, pero ella lo sabe y se comporta a la altura. Una de las mesoneras los sienta en una mesa pequeña, de dos puestos, diagonal a mí. La madera está cubierta por un mantel de plástico de cuadros rojos y blancos. Les sirve agua con hielo en los vasos y luego les entrega el menú. Creo entender que el hombre le pregunta ¿Tienen bebidas alcohólicas? Mi mujer y yo queremos entrar en calor.

La mesonera señala distraída la parte trasera del menú, donde está la lista de cervezas y vinos tintos. El hombre parece creerse actor de una vulgaridad cautivadora y se echa hacia atrás en el asiento, elevando los brazos musculosos con aire pomposo. Logro escuchar que las palabras polacas están interceptadas por palabras en español. No entiendo cuáles, pero puedo identificar los sonidos del idioma. Aprovecho la atención de la mesonera hacia mí, para hacerle un gesto predecible con la mano que simule una firma al aire: la cuenta, por favor.

Al salir del local, choco contra una luz azul e intensa que ocupa toda la acera de la calle. Una judía ortodoxa pasa con un coche y cinco niños rodeándola, como si fueran un sistema solar. La mujer es muy joven, lleva un sombrero negro que cubre gran parte de su peluca, falda por la rodilla, medias de nailon y mocasines. Está vestida con tonos que parecen pesar en la tela, en los ojos, en los puños que sostienen el tubo de goma para empujar el coche. El resto de sus hijos también tiene una mirada preocupada, bastante inquietante en la cara de un menor de edad. Una de las niñas lanza un oso de peluche al suelo y no ocurre nada. Siguen de largo, ignorando que el juguete quedó atrás, caminando a un ritmo de tribu que no tiene prisa, que no quiere llegar a su destino, dando la impresión de que no gozan de un propósito satisfactorio. Yo quedo paralizada, igual que el oso de piel cenicienta, sin saber qué hacer. Estamos los dos solos en la calle, a pocos metros de distancia, esperando que alguien nos recoja y nos lleve a donde pertenecemos. Su mirada está contenida en unos botones de plástico negro, de cuatro puntos; y así, sin párpados, tiene más expresión que una persona. Los juguetes conocen la labor del olvido. Me atrevo a recogerlo, sostengo su cuerpo aún cálido entre mis manos, pienso en su relleno, en el material que le da forma e imagen. Un peluche sin contenido es otra cosa. También un peluche sin dueño. Yo conocí uno cuando era niña. No recuerdo su nombre, pues no era mío sino de nuestro vecino. No lo llamé yo. Era un clásico *teddy bear* marrón claro, cándido, hecho para provocar ternura y fantasías infantiles. De niños nos queríamos él y yo, mi difunto vecino y yo, porque el amor corría por cuerpos sin dirección, ni miedo a la muerte. Le mostraba lo que había bajo mi falda y él asomaba lo que había dentro de sus pantalones. Nos reíamos y perseguíamos para tocarnos, para entender qué éramos, niño y niña. Nuestros padres nos acostaban juntos en la cama, durante el momento de la siesta, a eso de las tres de la tarde, cuando la luz del sol daba sueño. Es raro que ese cariño, en el que tanto se invirtió, no creció con los años. No fue a ningún lado. A veces pasa así.

Me encontré con Mina en un café pequeño y modesto de München, al que los alemanes evitaban entrar. El final de la primavera aún nos traía lluvia y calor húmedo y con ello el verde en las ramas muertas de los árboles. Podía escuchar nuestros labios sorbiendo la camomila con miel, incluso nuestros pulsos, extrañamente callada la conversación. Mina parecía enormemente incómoda,



cosa nada habitual en ella. Me sonreía con doblez, como si nos hubiéramos conocido esa mañana, casi al medio día, todavía digiriendo nuestros desayunos y casi hambrientas para almorzar. Coloqué la taza sobre el plato de porcelana, de un modo forzosamente abrupto, para dar muestras de fatiga. Ella tomó un último sorbo y dijo al fin: Henri está casado.

Por cosas de la vida, en ese instante recordé a mi hermano Dawid pidiéndome que huyéramos juntos, casi como si se tratara de otro hombre, uno quizás enamorado de mí, prometiéndome una vida tranquila.

¿Me escuchaste? Henri está casado.

Te escuché.

Subí la mano y le pedí al camarero que me trajera una copa de vino tinto. Mina tenía el ceño fruncido, las cejas castañas y gruesas parecían un arco peludo e inquietante sobre los ojos. Continué.

A veces la vida parece ser un solo desencuentro, ¿verdad?

Mina permaneció callada. Ella misma estaba sufriendo una decepción profunda porque el pianista se había casado con otra mujer de la coral. Esperó a que me trajeran la copa y a que tomara el primer sorbo.

Lo siento. Sé que lo quieres.

Me perdí durante unos minutos, observando fijamente el lunar abultado que tiene justo debajo del ojo izquierdo.

¿Desde cuándo lo sabes?

Desde el viernes.

¿Quién te lo dijo?

Estaban en la fiesta de los Rawicz. Henri me pidió que habláramos cuando lo vi con ella.

¿Malentendí todos sus gestos hacia mí?

No. Yo creo que sí te quiere.

¿Así se quiere?

Permanecimos un rato en silencio, mirándonos y al mismo tiempo evitando la mirada de la otra. Yo quería desaparecerla y quedarme sola. No quería que nadie fuera testigo de mi contrariedad. A veces, las cosas se procesan mejor cuando nadie nos está observando. Especialmente si ese testigo, ese voyeur de nuestra nostalgia, nos conoce tan bien. Uno se vuelve esclavo de la forma en que sabemos que ellos esperan que reaccionemos. Y terminamos por ser actores de nosotros mismos. Tomé lo que quedaba del vino y le dije que pagáramos la cuenta. Mina comenzó a explicarme todo lo que sabía, aún cuando le demostré que no estaba interesada en saber.

No se casaron ahora, Zofia. Llevan años casados. Además, según entendí, son primos. Quizás ni siquiera se quieren. ¿No has pensado que quizás se trate de un matrimonio arreglado?

Da igual. Lo conozco desde hace un par de meses. No podría recriminarlo de nada.

Pero te ha demostrado afecto. Yo creo que él solo va al club para verte. Y también creo que tú haces lo mismo.

Yo voy porque me siento sola.

Todos vamos porque nos sentimos solos.

Pagamos la cuenta, nos despedimos y cada una tomó una ruta distinta, creo que hacia ningún lado específico, solo necesitábamos distanciarnos un rato. Mi evidente molestia necesitaba expandirse físicamente a mi alrededor y para eso requería estar sola. Para ese entonces, ya estaba dedicándome a la costura de ropa femenina y tenía varias clientas que esperaban sus vestidos. Haber sobrevivido ya no era suficiente. Otra vez teníamos ambición y ansiedad, y no hacer nada importante con nosotros mismos nos enfermaba de impotencia.

Al comienzo utilizaba la tela que donaban los alemanes al club hebreo y eventualmente pude comprar tejidos de mejor calidad. Así fui ahorrando para comprarme una máquina de coser. Eso me tenía ocupada y un poco más centrada que antes. Había dispuesto una parte de mi cuarto para la costura; tenía una amplia mesa de madera oscura y una silla de latón a la cual le ponía un cojín en el respaldar. Frente a la mesa estaba la ventana que daba hacia la calle y por



la cual entraba suficiente luz hasta el atardecer. Tenía pocas cosas, las absolutamente necesarias. A veces escuchaba música que provenía de la calle, de otras casas, incluso, de los Munchmayer, y eso me alegraba el día. Soñaba con tener un tocadiscos. Escuchaba melodías en mi cabeza, canciones o composiciones que mi padre solía ponernos en Jaroslaw. Chopin, los nocturnos me recordaban a Dawid. Eran sonidos índigos y navales, catedrales de aire, barcos, la nostalgia más severa y asombrosa, como un segundo cuerpo para aguantarnos, y seguir. Todos los días leía las cartas que me enviaba desde Nueva York. Se esforzaba por escoger estampillas bonitas, de flores, pájaros. Las leía desde el comienzo hasta el final, una por una, en orden cronológico, como si todas fueran parte del mismo escrito. Tenía la letra de un niño, pequeña, apretada y poco legible. Circulitos engarzados por líneas disperejas que subían y bajaban como una línea de electrocardiograma. Las más recientes las firmaba con palabras en inglés. *Love, yours, goodbye, dear*. Y yo soñaba con aquellos sonidos impronunciables y de significado secreto. En una oportunidad me contó que había escuchado un nombre parecido al mío. Lo escribió: Sophie. Las siguientes cartas me las escribía así, *Dear Sophie*, y a mí me encantaba.

Había una señora alemana, de unos sesenta años, que ya me había comprado varios vestidos. Se llamaba Gerda. Decía que yo tenía el gusto y la finura de nadie. Aunque su carácter era antipático, me trataba con respeto y una amabilidad forzada. Se notaba en su forma de tocarme al saludarme y al despedirse, y en su manera de mirar, que se creía por encima de mí. Siempre opinaba sobre las entregas que le hacía, así fuera para señalar que, en cierto lugar, le hubiera quedado mejor un botón más grande, y luego decía que no importaba, que así también estaba bien. Los besos los daba al aire, a la altura de las mejillas, y los abrazos los hacía sin tocar el cuerpo del otro, levantando el dedo índice oculto en un guante de encaje. Para desgracia suya, sus rasgos no la ayudaban a proyectar la imagen de aristocrática que quería, ya que su nariz no era respingada, sino más bien ancha y aplastada, y su piel era amarillenta, como si fuera descendiente de indios o africanos. Era rechoncha, tenía poco cabello en la cabeza y utilizaba cintillos con velos para ocultar los fragmentos de cráneo que estaban a la vista. Sin embargo, actuaba como si tuviera un físico completamente opuesto al suyo. Incluso, como si fuera, al menos, treinta años más joven. Esa tarde le entregué un vestido azul oscuro, de satén, que necesitaba para la fiesta de cum-

pleaños de su sobrino Hans. De quien me hablaba recurrentemente, casi publicitándolo como a un producto de limpieza y, al mismo tiempo, haciéndolo parecer inalcanzable para alguien como yo. Después de decirme que el cuello del vestido era demasiado alto para ella, se despidió agitando los dedos de la mano derecha: *tschüss*.

Al quedar sola de nuevo, me di cuenta de que me sentía terrible. Recogí las muestras de telas y encajes, los patrones, agujas y alfileres, y dejé la mesa de madera despejada. Ordené frenéticamente todo lo que me correspondía, mientras pensaba en Henri Wozniak. Realmente no sabía nada de él. Cuando nos encontrábamos en el club, era yo la que hablaba y él solo escuchaba, con sus ojos que lo absorbían todo con absoluto interés. Era lógico que de pronto apareciera una esposa, porque siempre había estado ahí. Todo él siempre había estado ahí, pero yo solo conocía su nombre y su apellido y la ciudad de su nacimiento. Y ninguno de los tres datos me los había dado él. Henri Wozniak era una presencia mucho más irreal que la de mi propio hermano, incluso que la de mis padres, ya muertos. Un gesto tan mínimo, como entregarme la mitad de un chocolate, había bastado para creer que lo conocía y que nos pertenecíamos.

Gobierno de La Rioja
www.larioja.org



**Instituto
de Estudios
Riojanos**

